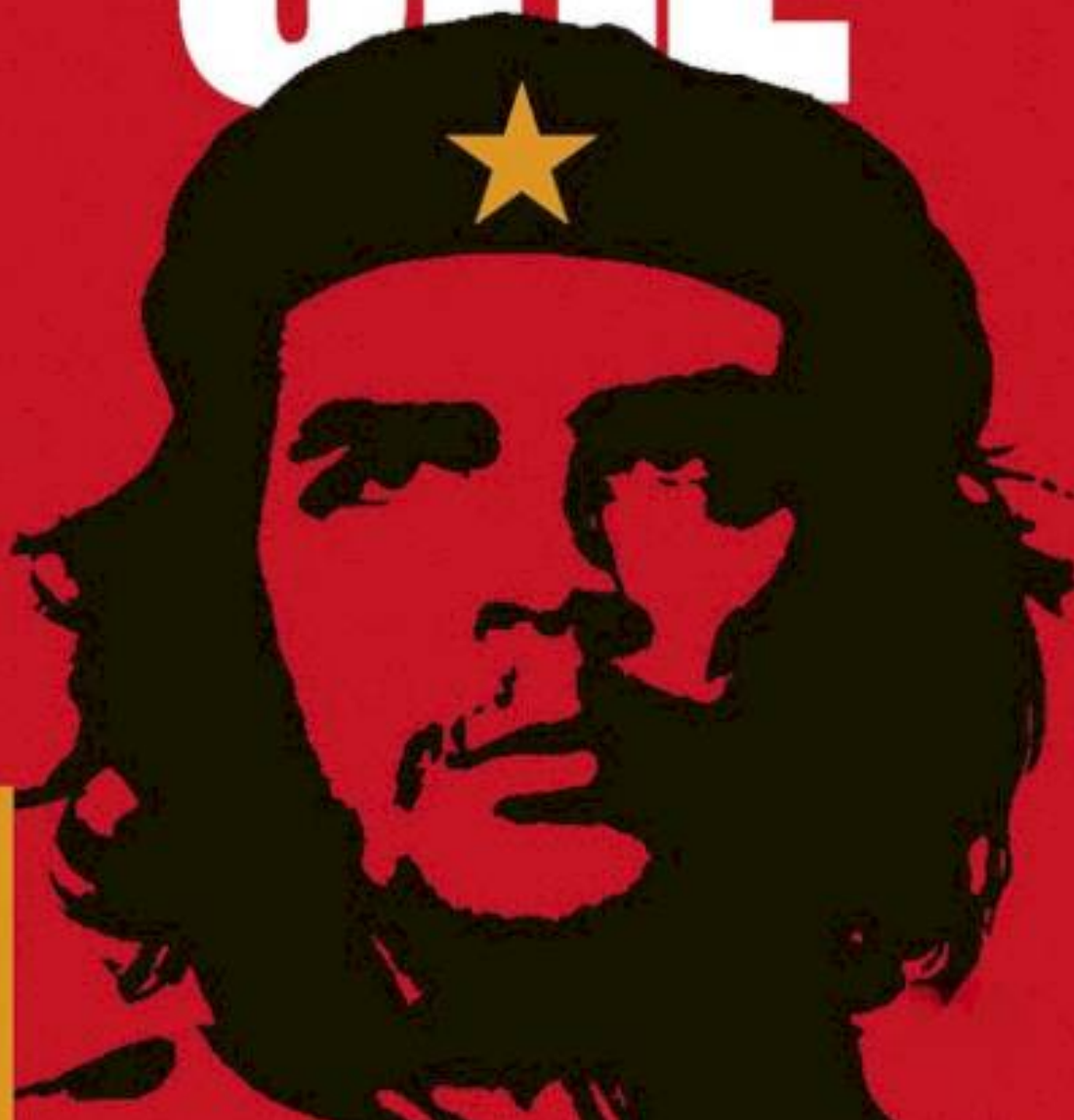


PACO IGNACIO TAIBO II

Ernesto Guevara,
también conocido como el

CHE



Desde millones de fotos, carteles, vídeos, camisetas, postales, discos, libros, frases, testimonios —fantasmas todos ellos de la sociedad industrial, que no sabe depositar sus mitos en la sobriedad de la memoria—, el Che nos vigila. Más allá de toda parafernalia, retorna. Casi treinta años después de su muerte, su imagen cruza generaciones, su mito persigue los delirios de grandeza del neoliberalismo. Irreverente, burlón, terco —moralmente terco—, el Che siempre será motivo de debate.

Con abundante material hasta ahora inédito —fotos, testimonios, diarios...—, *Ernesto Guevara, también conocido como el Che* es una biografía minuciosa y detallada que nos revela a un personaje diferente del que creemos conocer; un hombre que, siendo ministro de Industria en Cuba, jamás terminaba de amarrarse las botas. Es un encuentro con Ernesto Guevara, más allá del Che, pero también una reelaboración del mito. Este libro, escrito con gran intensidad y dedicación, está llamado a ser un clásico.

Los seres humanos son demasiado importantes para ser tratados como simples síntomas del pasado.

LYTTON STRACHEY

Para hacer algo hay que querer mucho. Para querer apasionadamente hay que creer con locura.

REGIS DEBRAY, HABLANDO DEL CHE

NOTA DEL AUTOR

Este no es un libro fácil, sin duda esta historia está atrapada por la visión de los que llegaron más tarde, de la generación del «eterno después» y de sus inocentes hijos, y sin embargo hay que intentar leerlo como una historia «de entonces». No hay lectura inocente. Hoy sabemos que la segunda oleada de la revolución latinoamericana se estrelló y fracasó, que el modelo industrial que El Che planteaba funcionó en el corto plazo y se fue desgastando en el mediano sin su estilo y su vigilancia: incluso leeremos el libro sabiendo cuál fue el destino final de la operación del Che en Bolivia. Y aún sabiendo todo esto quisiera lograr que el libro se leyera como una historia «de entonces», porque sólo así se podría entender. No se puede contar la historia de las consecuencias hacia los orígenes, se vicia la perspectiva. La biografía no es la historia de un muerto que se explica. Lytton Strachey decía en un momento de tremenda lucidez que «Los seres humanos son demasiado importantes para ser tratados como simples síntomas del pasado». Los personajes se construyen en actos cuyas consecuencias no pueden alcanzar a descubrir. La historia que me interesa no funciona como una explicación a partir del destino, sino como una provocación que viene del pasado, cuyos personajes centrales no han poseído jamás una bola mágica que les revele en sus presentes el futuro.

Es sorprendente pero cierto: el fantasma del Che, como un viajero fronterizo sin visas ni pasaportes, está atrapado a mitad de un puente generacional, entre unos jóvenes que saben muy poco de él pero que lo intuyen como el gran comandante y abuelo rojo de la utopía, y la generación de

los sesenta, que llegó tarde o fracasó en el proyecto (aquellos de los que decía Paco Urondo presagiando su propio destino: «Es que vamos a perder/la vida de mala manera»), pero que entiende que El Che sigue siendo el heraldo de una revolución latinoamericana que por más que parezca imposible, sigue siendo absolutamente necesaria.

Es un fantasma que además, muy a pesar de su humor cáustico y de sus reiteradas timideces, ha quedado preso en la parafernalia de la imagen y de las maquinarias inocentes o dolosas que se dedican a vaciar de contenido todo aquello que se les cruza a su paso para volverlo camiseta, souvenir, taza de café, póster o fotografía, destinadas al consumo. Y eso es la condena de los que provocan la nostalgia: estar atrapados en los arcones del consumo, o en los reductos de la inocencia.

La lista de agradecimientos es inmensa (no me olvido de Miguel y su fotocopiadora, mi tocayo Paco y su maleta de recortes, todos los viejos guevaristas, Justo que revisaba imprecisiones y cubanías, los fotógrafos habaneros, la dirección de «Verde Olivo») pero en ánimo de reducirla, quiero destacar particularmente al periodista Mariano Rodríguez (que me ayudó a escribir un libro que merecía escribir él) y a los novelistas Daniel Chavarría (quien operó como mi chofer en La Habana por solidaridad pura), José Latour (que actuó como documentalista por razones de maravillosa amistad), Luis Adrián Betancourt (que hizo de la confianza un monumento cediéndome su archivo) y mi colega Jorge Castañeda, quien más allá de las discrepancias en la visión del personaje, se convirtió en el más leal competidor, confirmando mi idea original de que en la historia nadie es propietario de documentos, tan sólo de interpretaciones.

Partir del supuesto de que por más que lo intente este libro será en muchos sentidos un fracaso, ayuda al historiador. Pensar en él como una primera edición, una primera edición que habrá de provocar aclaraciones y desmentidos, correcciones, aparición de nuevos documentos, debate, y

quizá y sobre todo, la publicación de la enorme cantidad de materiales inéditos que aún permanecen sin editar de Ernesto Che Guevara. Reconforta pensar que un libro no es algo muerto, sino una especie de *alien* provocador y mutante.

Haría falta alguien más inteligente y con más recursos historiográficos y literarios que yo para poder contar a dos generaciones de lectores absolutamente diferentes, dos versiones de la historia con el mismo material; para contar a dos tipos de lectores dentro y fuera de América Latina, la misma historia. Haría falta dedicarles a unas explicaciones y narraciones de contexto a las que he renunciado para centrarme en el personaje y mayor abundancia en el debate político del momento a los otros. Las omisiones han sido voluntarias, que cada quien cargue con sus culpas.

A lo largo de todos estos años de lecturas y conversaciones, algunas cosas se me presentaron como claves: una frase, una imagen... por ejemplo las botas a medio abrochar. Me resultaba curioso ir a encontrar foto tras foto que mostraba al director del Banco Nacional, al Ministro de Industria, al embajador revolucionario con los últimos hojales de las botas mal abrochados, quizá porque siempre tenía prisa. Este personaje del que decía Desnoes «debía cegar si los más opacos quedaban iluminados a su paso» y que fue caracterizado por Debray como «el más sobrio de los practicantes del socialismo».

Los textos en cursiva pertenecen al Che, son fragmentos de cartas personales, públicas, diarios, notas manuscritas, artículos, poemas, libros, discursos, conferencias, intervenciones públicas o semipúblicas de las que se levantaron actas, respuestas a entrevistas, incluso frases suyas registradas por testigos confiables. El es el segundo narrador de esta historia, el que importa.

CAPÍTULO 1

El pequeño Guevara, infancia es destino

Una foto en Caraguatay, Misiones, tomada en 1929, mostrará a un Ernesto Guevara de 14 meses de edad transportando una tacita en la mano (¿una bombilla de mate?), vestido con un abrigo blanco y cubierto por un horrendo gorrito que recuerda a un salacot colonial, prefigurando el desastre que en materia de indumentaria le acompañará toda la vida, el estilo peculiarmente desarrapado que hará su sello personal.

O bien «Infancia es destino», como decía el sicólogo mexicano Santiago Ramírez en uno de sus momentos más afortunados, y se van grabando en la memoria recién organizada del personaje central las experiencias que forzarán los actos del futuro, o bien infancia es accidente, es prehistoria de un ciudadano que se fabrica en la vida apelando a la voluntad y al libre albedrío.

No estará nada claro.

Uno de los tantos marxistas de Pandora que han biografiado al Che se obsesionará con la idea de que las imágenes de la selva tropical del nordeste argentino, de Misiones, donde circularán los días de la primera infancia de Ernesto Guevara prefigurarán su destino en las selvas bolivianas. No acaba de convencerme. Si infancia es destino, no lo es de una manera tan simple. Para el historiador, el argumento convincente, quizá la prueba concluyente es la foto que muestra a Ernesto y al burrito. Es 1932, el personaje

tiene cuatro años, se encuentra en la estancia de unos amigos de sus padres.

La foto está dominada por el burro de ojos dormilones y semi-cerrados, inmóvil; sobre él, un Guevara con poncho y sombrero boliviano del que sólo se adivinan los ojos y la media sonrisa, símbolo de placer. Muy erguido, transparentando su amor por los burros, los mulos, los caballos, los animales de cuatro patas que se puedan montar. Ernesto y el burro miran a la cámara. Ambos saben que son el personaje central.

Y si infancia es destino, 25 años más tarde y a mitad de un bombardeo, al frente de los rebeldes cubanos, llamados por sus enemigos «los mau-mau», el comandante de la columna cuatro, un tal Guevara, conocido como El Che, avanzará montado en el burro Balansa, erguido, displicente, ocultando un terrible ataque de asma que lo tiene al borde del ahogo, y mirará a la cámara con esa misma actitud de perplejidad respecto al por qué es sujeto de la historia cuando el burro, quien también contemplará al objetivo, lo amerita más. Y en esa primera foto de Caraguatay estará el origen de los providenciales mulos que aparecerán durante la invasión al occidente de la isla, cuando la columna del Che esté cercada por soldados y aviones y desde luego del mulo Armando al que Zoila Rodríguez, en memoria y amor al doctor Guevara, atenderá «como si fuera un cristiano», y del camello que estrenó en las Pirámides de Egipto, incluso de aquel caballito boliviano al que tanto quiso y que terminó comiéndose. Esa foto de Misiones estará en el profundo germen de la leyenda que aún hoy se cuenta en Cochabamba, Bolivia: «En las noches, El Che Guevara, junto con el Coco Peredo, cabalgan en unas mulas grandes, ¡bien grandes!, con sus máusers en las manos y llegan a Peñones, Arenales y Lajas, a Los Sitanos, a Loma Larga y Piraymirí, hasta Valle Grande». O de la nueva versión de una canción mexicana agrarista, que dice: «Tres jinetes en el cielo, ca-

balgan con mucho brío, y esos tres jinetes son: Che, Zapata y Jaramillo».

Sea así o al contrario; sea esto tan sólo mala imaginación de novelista, de la que tanto ha abundado en las narraciones que sobre la vida y destino del Che se han hecho, lo que sí parece evidente es que Ernesto Guevara será el último de nuestros tan queridos próceres a caballo (o en mulo o en burro, tanto da para un hombre que se reía de sí mismo) en la tradición heroica de América Latina.

En el origen, se encuentra una historia familiar interesante que no llega al melodrama. En el remoto pasado de los Guevara existió un Virrey en Nueva España, Don Pedro de Castro y Figueroa, quien sólo duró gobernando un año y cinco días a mediados del siglo XVIII, quien tuvo un hijo llamado Joaquín, que secuestró en Louisiana a su esposa y cuyos sucesores vivieron la fiebre del oro en San Francisco para terminar durante el siglo XIX en la Argentina.

De la época de San Francisco se pueden rescatar parientes de nombres absurdos, como Rosminda Perlasca, y un tío Gorgoño que se dedicaba a criar reses para vender carne a los gambusinos.

De la rama Lynch, irlandeses emigrantes de todas las emigraciones (¿de ahí las vocaciones de viajero permanente, la picazón en el culo que no habría de abandonarte, las alas en los pies?) a los que se puede encontrar en la Argentina desde el inicio del siglo XVIII.

No mucho más del lado De la Serna, fuera del abuelo Juan Martín de la Serna, dirigente de la juventud radical, militancia compartida por uno de los Lynch, el tío abuelo Guillermo, por la que ambos intervinieron en la fracasada revolución de 1890.

De cualquier manera parece que al paso del tiempo no hará guardar a Ernesto demasiada conmiseración por el personal al que calificará en bloque: «Los antepasados (...) eran miembros de la gran oligarquía vacuna argentina».

Aunque la dureza al juzgarlos debe ser cosa del futuro, porque en la primera infancia las narraciones de los abuelitos en California y la fiebre del oro, las hazañas de su abuelo agrimensor que estuvo a punto de morir de sed, le resultaban por lo menos material para una fascinante novela.

Lo mejor de su padre, un constructor civil que emprendió mil negocios y fracasó en la mayoría, es que lo expulsaron del colegio Nacional por haberle dado una bofetada a Jorge Luis Borges, después de que éste lo denunció diciéndole a un maestro: «Señor, este chico no me deja estudiar». Ernesto Guevara Lynch era un aventurero a medias, estudiante de arquitectura que había dejado la carrera para incursionar en el mundo de los pequeños empresarios y sacado la lotería, según el mismo reconocerá, al casarse en Córdoba con Celia, pretendida por todos y alcanzada por ninguno.

La madre, Celia de la Serna, católica ferviente reconvertida al liberalismo, conserva del catolicismo inicial la fuerza de sus pasiones. Una de sus sobrinas recordaría más tarde: «Fue la primera mujer (según mi mamá) que se cortó el pelo a lo *garçon*, es decir que se cortó el pelo cortitico por la nuca, fumaba y cruzaba la pierna en público, que ya era el colmo de la avanzada feminista en Buenos Aires».

Cuando se produce el noviazgo, Celia es menor de edad y rompiendo con su familia se va a casa de una tía para luego casarse con Ernesto. Cultos, un tanto bohemios, herederos vergonzantes de una oligarquía que les parecía pasiva y timorata, el matrimonio Guevara de la Serna habría de aportar a sus hijos el espíritu de aventura, la pasión por las letras, el desenfado, que Ernesto convertiría en banderas vitales años más tarde.

Pero vamos a darle forma a la historia:

Julio de 1928, Guevara padre y Celia venían descendiendo el río Paraná en barco y viaje de negocios y aprovechando para que el primero de sus hijos naciera en Buenos Aires, pero los dolores de parto se presentaron prematura-

mente a la altura de la ciudad de Rosario. Ernesto nacerá pues el 14 de julio en la maternidad del Hospital Centenario, anexo a la Facultad de Medicina. Los testigos del recién nacido hijo accidental de la ciudad de Rosario, serán premonitorios del futuro carácter viajero del bebé: un taxista brasileño (el hombre que los llevó al registro civil) y un marino (su tío Raúl). Habrá nacido el mismo día que Antonio Maceo, el mismo día que José Carlos Mariátegui, el más heterodoxo de los revolucionarios cubanos del fin del siglo XIX y el más hereje de los marxistas latinoamericanos del inicio del siglo XX.

La primera foto conocida del pequeño Ernesto lo muestra vestido con un horrendo ropón, contrastando en el parque de Rosario la belleza fría de su madre, con el rostro enfurruñado del personaje que mira hacia la derecha de la cámara. Muy poco después sufriría su primera enfermedad, una potente bronconeumonía que casi habría de matarlo. Sus tías Beatriz y Ercilia viajarán desde Buenos Aires para ayudar a la joven madre a cuidarlo; a partir de esto quedará enlazado amorosamente a ambas.

Hay una foto que me resulta todavía más atractiva, tomada en Entre Ríos en 1929, el mini-Ernesto, con pelusa y orejón, vestido con una camiseta, un ropón; se está chupando con gesto concentrado los dedos índice y corazón de la mano izquierda, con los dedos sobrantes pareciera estarle haciendo un gesto obsceno a los observadores.

Los dos primeros años de vida de Ernesto transcurrirán entre Caraguatay, en la provincia de Misiones, en una zona donde su padre tiene una plantación de yerba mate. No conservará memoria de aquellos tiempos aunque más tarde le contarán frecuentemente historias del «territorio salvaje», de la «selva misionera» y Buenos Aires, donde la familia renta un pequeño departamento en la calle Santa Fe. Movidos por los negocios desafortunados del padre, que ha de sufrir en aquellos años el robo de toda la producción de su plantación, vivirán una vida errabunda. En Buenos Aires na-

cerá hacia el final de 1929 su hermana Celia y allí será reclutada su nana Carmen, una gallega, robusta, pequeña y muy pecosa que lo acompañará hasta los ocho años.

Cuando casi tiene dos años su padre se traslada a San Isidro, sobre el Paraná, casi en la frontera con Paraguay, donde es socio de un astillero que anda mal económicamente y que quiere levantar.

Sabido es que las biografías se escriben del presente hacia el pasado remoto, de atrás hacia adelante, como una escritura exótica; y en ese quehacer se corre siempre el riesgo de rastrear el pasado a la busca en la infancia de la anécdota que se ajusta al personaje muerto, de olvidar lo que no corresponde en el escenario futuro y mostrar con obstinación aquello que produce concordancia, borrando públicamente lo que genera disonancia. En las memorias de su padre, la tentación aparece con frecuencia:

En aquellos años «Ernestito comenzaba a caminar. Como a nosotros nos gustaba tomar mate, lo mandábamos hasta la cocina, distante unos veinte metros de la casa, para que nos lo cebara. Entre la cocina y la casa, una pequeña zanjita ocultaba un caño. Allí tropezaba siempre el chico y caía con el mate entre sus manitas. Se levantaba siempre enojado y cuando volvía con una nueva cebada de nuevo se volvía a caer. Empecinado siguió trayendo el mate una y otra vez hasta que aprendió a saltar la zanja».

El salto de la zanja como un loop cinematográfico que repetiré a lo largo de los años la escena, recontando a Ernesto y su terquedad, su futura y proverbial terquedad, su idea de que la llave de la vida era la voluntad y el resorte que la ponía en movimiento la tenacidad. Y uno se pregunta: ¿es prefiguración ese niño de menos de dos años que tropieza una y otra vez en la zanja?, ¿o es un recuerdo acoplado?

En mayo del 31, el pequeño Ernesto sale del agua tras haberse bañado en el río con su madre y comienza a toser. La tos lo acompaña de una manera persistente, angustian-

te. Un primer médico le diagnostica una bronquitis; más tarde, cuando la enfermedad no cede, otros doctores hablan de una bronquitis asmática perseverante. Finalmente, un doctor dice que se trata de un ataque de asma y lo relaciona con la neumonía que sufrió Ernesto a los pocos días de nacer. Todos los médicos coinciden que nunca han visto a un niño con ataques de asma tan agudos. Años más tarde su hermana Ana María rescata un recuerdo de la mitología familiar: «Era tan terrible el asma que mis padres, desesperanzados, pensaron que se iba a morir». Permanecen horas, días y noches al lado de la cama mientras el enfermo abre desesperadamente la boca y agita las manos buscando el aire que le falta. De su pecho escapa un sonido ronco. Don Ernesto recordará años más tarde: «Nunca pude acostumbrarme a oírlo respirar con ese ruido particular de maullidos de gato que tienen los asmáticos».

Una de las primeras palabras que aprende a decir el niño es: «inyección»; es lo que pide cuando siente que el ataque se le viene encima. Guevara padre contará: «El asma es una enfermedad caprichosa y todos los asmáticos tienen características diferentes. Lo que a uno le hace mal a otro le puede hacer bien; es cuestión de sensibilización». Los padres tardan en aprender esta lección, los médicos no encuentran respuestas, se limitan a insistir en que el clima húmedo de Misiones le afecta profundamente y le provoca los ataques, los periodos «más bravos».

El asma de Ernesto y los extraños negocios de Don Ernesto siguen siendo el motor familiar. En 1932 la familia se muda a Buenos Aires, nace allí el tercer hijo, Roberto.

Pero la cosa no funciona. Su madre recuerda: «Ernesto no resistía el clima capitalino. Guevara Lynch se acostumbró a dormir sentado en la cabecera del primogénito para que éste, recostado sobre su pecho, soportará mejor el asma», y su padre completa la imagen: «Celia pasaba las noches espionando su respiración. Yo lo recostaba sobre mi abdomen

para que pudiera respirar mejor, y por consiguiente yo dormía poco o nada».

En 1933, buscando huir del asma, viven por un tiempo en Arguello, Córdoba. El asma retorna. Siguiendo consejos médicos deciden buscar un clima seco de montaña y en junio van a dar a Altagracia, una pequeña población en la provincia de Córdoba. Ernesto parece mejorar en ese clima, pero aunque las condiciones no serán tan terribles como en Misiones o Buenos Aires, la enfermedad no habrá de abandonarlo nunca más. Tiene cinco años, vivirá en Altagracia hasta los 17.

Su padre reseña con rabia: «Cada día imponía nuevas restricciones a nuestra libertad de movimientos y cada día quedábamos más a merced de aquella maldita enfermedad». Los Guevara viven en Altagracia en el Hotel la Gruta, ahí Ernesto hace sus primeras amistades que habrán de acompañarlo los años de juventud, en particular Carlos Ferrer, conocido como Cauca, hijo de un doctor que atiende a Ernesto durante sus ataques de asma.

Celia lo enseña a leer porque no puede ir al colegio de manera regular a causa de la enfermedad. De esa época data el primer testimonio escrito del joven Guevara: una postal a su tía Beatriz dictada a un adulto que él firma de su puño y letra Teté, el apodo que le ha puesto su nodriza.

En enero de 1934 nace su hermana Ana María, que cinco años más tarde le servirá de apoyo: «Yo le servía de bastón cuando íbamos a pasear. El apoyaba su brazo en mi hombro y recorríamos varias cuadras de ese modo; era cuando se encontraba fatigado por el asma. En esos paseos conversábamos mucho y me contaba bellas historias». Se mudan a un chalet más barato, dentro del pueblo, Villa Nydia. Para darle sentido a las muchas horas que pasa en cama reposando, su padre le enseña los movimientos de las piezas de ajedrez, Ernesto se enfada cuando lo dejan ganar. Así no juego. A los nueve años se le presenta una

grave complicación a su asma, los médicos diagnostican «tos convulsa».

Guevara padre cuenta: «Al sentir que le venían los ataques se quedaba quieto en la cama y comenzaba a aguantar el ahogo que se produce en los asmáticos durante los accesos de tos. Por consejo médico yo tenía a mano un gran balón de oxígeno para, llegado el momento álgido de los accesos de tos, insuflarle al chico un chorro de aire oxigenado. El no quería acostumbrarse a esta panacea y aguantaba todo lo que podía, pero cuando ya no podía más, morado a causa de la asfixia, empezaba a dar saltos en la cama y con el dedo me señalaba su boca para indicar que le diera aire. El oxígeno lo calmaba inmediatamente».

¿Cómo es el personaje que va forjando la enfermedad? A los diez años no basta con resistir y leer en cama. Comienza entonces su personal guerra contra las limitaciones del asma: paseos sin permiso, juegos violentos... desarrolla una cierta fascinación por el peligro.

De cierta manera la ha heredado de su madre, buscar el riesgo, la situación límite. Hay decenas de anécdotas sobre las muchas veces que Celia ha estado a punto de ahogarse. Guevara padre registra impotente: «Había que acostumbrarse a estas temeridades de mi mujer». Ernesto mismo ha sido testigo de aquella vez en que se lanzó al Paraná y comenzó a ser arrastrada por la corriente. Sentado en el banco de un yate contempló cómo su madre, a la que una faja de goma le cortaba la respiración, estaba a punto de morir ahogada; o aquella otra vez en el Río de La Plata cuando desde la arena de la rivera la veía ser arrastrada. Celia, una excelente nadadora, se sentía atraída por el peligro. Guevara padre, mucho más pacífico, atestigua: «Esta misma manera de enfrentarse heredó Ernesto, pero con una gran diferencia: calculaba bien cuál era el peligro».

En el 36 Celia recibe una circular del Ministerio de Educación preguntando por qué el niño no asiste a la escuela, deciden que dado que está pasando cortas temporadas sin